

DISCURSO DEL EXCMO.
SR. D. JOSÉ MARÍA BASTERO, RECTOR MAGNÍFICO
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmos. e Ilmos. Señores,
Colegas del Claustro Académico:

Desde hace ahora veintidós años, se vienen sucediendo con cadencia anual estos simposios de la Facultad de Teología, en los que, en un ambiente cordial, con rigor y libertad, se estudian temas actuales del saber teológico, con clara incidencia en el vivir cristiano. Con ellos, la Universidad de Navarra, fundada hace ya casi medio siglo por el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer como generoso servicio a la Iglesia y a los hombres, desea ofrecer una modesta contribución al progreso de la Teología y, por ello, un bien a todas las almas. Porque el trabajo intelectual de los teólogos con ocasión de estas reuniones lleva a contemplar, esclarecer y difundir reflejos nuevos de la Verdad, que alumbran el caminar humano.

Luminoso es, sin duda, el tema que este año centra vuestra atención. Al mismo tiempo que el materialismo reduccionista, con el que se pretende construir el hombre, la sociedad y la cultura, muestra evidentes síntomas de agotamiento, no son pocos en nuestro tiempo los que vuelven su mirada a las realidades del espíritu. Y al hacerlo, surge el afán de conocer el verdadero fin al que el hombre está llamado, el sentido real de la vida humana.

Es bien conocido aquel pensamiento del escritor existencialista, que podría servir como provocadora introducción a este Simposio: «el hombre es el único animal que va a morir y lo sabe». El cristiano une a esta certeza, que tan angustiada puede llegar a ser si se carece de fe, la esperanza en la Vida después de la muerte que nos ganó el Redentor. Una esperanza sustentada en un armonioso conjunto de verdades, las que conforman la Escatología cristiana, cuya profundidad y riqueza debe marcar con su sello genuino la vida de todos los cristianos.

En efecto, la dimensión escatológica de nuestra fe ilustra una realidad primaria y esencial del vivir cristiano. Como escribió hace algunos años el Cardenal Ratzinger, «la potencia de la muerte, la auténtica

constante de la historia, ha sido vencida en un determinado momento por la potencia de Dios y, así, una esperanza nueva ha penetrado en la historia». Y Su Santidad Juan Pablo II nos ha invitado a todos a «cruzar el umbral de la esperanza», a avanzar sin miedo, seguros de que Cristo es «resurrección y vida» (cfr. Jn 11:25). Sólo así los cristianos corrientes, inmersos en los más variados quehaceres seculares, podremos descubrir la densidad sobrenatural de cada instante de nuestra vida, densidad sobre la que tantas veces habló el Fundador de esta Universidad.

Estoy seguro de que con ese ideal en el corazón, vuestros trabajos en este Simposio rendirán un gran fruto. La humanidad, bien lo sabéis los aquí presentes, está sedienta de Dios, aunque muchas veces no lo sepa. A todos los cristianos nos incumbe hacerlo presente, con el ejemplo sencillo de nuestra vida y con la palabra fundada en la Verdad, para cumplir la meta apostólica que Juan Pablo II nos ha propuesto: acercar a los hombres el rostro de Cristo.

Muchas gracias.